SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

Amor de amar

COMEDIA

EN DOS ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL DE

JACINTO BENAVENTE



MADRID
SALÓN DEL PRADO, 14, HOTEL
1902

15

AMOR DE AMAR

AMOR DE AMAR

COMEDIA

EN DOS ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL DE

JACINTO BENAVENTE

Estrenada en el TEATRO DE LA COMEDIA, de Madrid, el 24 de Febrero de 1902



MADRID
R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°
Teléfono número 551
—
1902

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
LA MARQUESA ROSALINDA. . .	Sra.	Pino.
LA MARQUESA CELIA.........	Srta.	Catalá.
RISELA.........................		Bremón.
EL MARQUÉS OCTAVIO........	Sr.	Morano.
EL CAPITÁN RODRIGO.........		Tallaví.
LAURO		López Alonso.
MEDORO.................... ...		Castro.
PEDRO.............		Belda.

La acción en Francia.—Siglo XVIII

ACTO PRIMERO

Sala en una casa de campo. Una estatua del Amor.

ESCENA PRIMERA

RISELA y PEDRO

PEDRO — Perdonad, graciosa Risela, si mis palabras os han ofendido; por nada del mundo quisiera yo disgustar á la camarista preferida de mi señora.

RIS. — ¿Ofenderme? No. Vuestras palabras muestran que sois un rústico sin crianza. ¡Suponer que la Marquesa sólo acude á pasar unos días á esta casa de campo, cuando quiere deshacerse de un amante!

PEDRO — Yo digo .. lo que dicen.

RIS. — ¡Lo que dicen! ¿Quién lo dice? La gente del pueblo. Es graciosa la pretensión de estos campesinos, suponer que en París las costumbres son depravadas y que solo en el campo existe la virtud. Pues yo sé, por lo que he observado, que, como suele decirse: en el aldehuela más mal hay del que suena, que son pocas las aldeanas sencillas que dejan pasar entre boda y bautizo el tiempo necesario para que la gente no murmure, que hay en el pueblo maridos tan bienaven-

turados como los de París y que hasta el señor cura tiene la casa parroquial con más angelitos que retablo de la Ascensión, conque dejaos de malicias á lo villano y piense mejor de su señora y también de su doncella... para servirle.

PEDRO ¿Pero no es cierto que la Marquesa vuelve á casarse y que son muchos los enamorados que la pretenden?

RIS. ¡Habladurías! En vida de su esposo pasaban de veinte sus adoradores, y no hubo día que no saliera yo por diez escudos, pero la muerte del marqués los ahuyentó como por encanto y hoy no tengo mas gajes que mi salario y algunos regalos que agradezco á la generosidad de mi señora. El motivo, si queréis saberlo, de qué la Marquesa haya decidido pasar esta primavera en el campo, no es otro que el hallar descanso después de su luto, un luto riguroso, que ha dejado fama en París; la vuelta á la vida agitada de la corte ha quebrantado su salud. Vió, con alarma, que sus mejillas perdían color, brillantez su mirada, consultó con su médico que la recetó una temporada de reposo en el campo... y... Oigo ladrar al perro en el jardín... Ved quién ha llegado.

PEDRO Es que andará por allí el negrito y los perros le ladran en cuanto le ven También es gusto de la señora hacerse servir por semejante carátula.

RIS. No hay dama de calidad en París que no tenga á su servicio un negro, desde que madame du Barry se acompaña en todas partes de su Medóro. Pero no es el morito el que anda por el jardín.

PEDRO Es el señor Lauro, nuestro vecino.

RIS. ¡Ah! El filósofo. Vendrá á ofrecer sus respetos á la Marquesa. Haced le pasar, yo avisaré á mi señora. (Sale Risela.)

ESCENA II

PEDRO, LAURO y después RISELA

PEDRO Pasad, señor Lauro.

LAURO Que no se turbe su reposo; decid que mi deseo es solamente informarme de su salud y que volveré en ocasión más oportuna á ofrecer mis respetos...

PEDRO Mi señora está levantada desde muy temprano, tendrá mucho gusto en veros... En fin aquí llega su doncella que podrá deciros mejor que yo...

RIS. Señor Lauro, para serviros; mi señora os suplica que aguardéis un instante.

LAURO Si yo no pretendía verla. Apenas ha llegado de París, y bien sé que no es ocasión para una visita. Le diréis de mi parte que yo volveré más despacio...

RIS. Será un disgusto para mi señora. Ya está consentida en veros.

LAURO Si es así...

RIS. Toda la mañana pasea por el jardín y por la huerta; se entretuvo en el palomar. Figuraos que ayer se nos murió la hembra del mejor palomo y hoy le han traído otra lo más parecida posible á su compañera. Mi señora quería ver cómo la recibiría.

LAURO ¿Y qué tal?

RIS. Pues la emprendió á picotazos con ella y con todas las hembras del palomar y exhala unos arrullos tan quejumbrosos... ¡No harían otro tanto muchas personas!

LAURO De seguro El hombre tiene mucho que aprender de los animales.

RIS. Mi señora está conmovida y desde hoy ese palomo será otro de sus animales favoritos. Tendremos un cuidado más, como si fuera poco la cacatúa y el mico.

LAURO ¡La Marquesa es amante de los animales! Es natural. Su corazón, desengañado de los afectos humanos, como el mío, no puede

prescindir de amar, y por distinta senda, los dos buscamos expansión á este desbordamiento de nuestro espíritu. Pero ella, al fin mujer, desciende en la escala de los séres, necesita de la animalidad viviente para mantener el fervor de su corazón amante; yo en cambio, asciendo cada día más á lo inmaterial, á lo inefable, y espero llegar muy pronto á no saber de mí, á perderme á mí mismo, confundido en el todo. ¿Qué hubiera sido de mí sin la filosofía?

RIS. ¿De vuestra mujer no habéis vuelto á tener noticias?

LAURO ¡Calla, calla! No la nombres, no la recuerdes, porque desciendo de golpe al grado ínfimo de la animalidad.

RIS. ¡También fué partida! A los seis meses de matrimonio escaparse con otro.

LAURO No fué con otro. Fué con el de siempre.

RIS. ¿Y se había casado enamorada de vos?

LAURO Sin duda. Yo estoy bien acomodado, pero ella era más rica que yo; soy joven pero no soy apuesto y siempre fuí descuidado en el vestir; entonces tampoco había yo cultivado mi inteligencia, no sabía lo que sé ahora... no había nada en mí que pudiera hacer interesada su elección. Tú, que eres mujer, podrás explicarme, ¿si no había en mí ningún mérito, por qué se casó conmigo si no fué por amor?

RIS. Es verdad. ¿No tenéis el remordimiento de no haber correspondido á las ilusiones que toda mujer aporta al matrimonio?

LAURO Ninguno. Dime ahora si yo puedo volver á amar en mi vida, si queda para mí otro refugio que el estudio y la filosofía.

RIS. ¿Filosofía? No me digais, filosofía la de Mr. du Barry, el marido de la favorita, que hoy es el verdadero rey de Francia. ¿Sabéis el título de la última ópera que se representó en su palacio...?

LAURO Lo sé. *El cuerno de la abundancia.*

RIS. Y un chusco dijo que hubiera estado mejor al contrario. La abundancia de...

LAURO Cierto.

RIS. París se desquita con burlas de sus tiranos.

LAURO ¡Pobres de los tiranos el día que en París se agote el ingenio...!

ESCENA III

DICHOS, ROSALINDA y MEDORO que trae un palomo

ROS Amigo Lauro...

LAURO Marquesa...

ROS. Vengo encantada. No hay duda, es preciso acercarse á la Naturaleza para hallar la verdad en los sentimientos. ¡Qué raro ejemplo de fidelidad! Ved, un palomo, un viudo inconsolable. Corre, Medoro, ponle una cinta negra al cuello y suéltale en el jardín, que llore allí á sus anchas... ¿No sabéis? El mismo finge el arrullo de su compañera y él sólo se pregunta y se contesta amores... ¡Qué noble animal! Me ha conmovido. Cuida de que nada le falte, encierra al mono en la jaula, no vaya á hacerle daño y á la cacatúa átale corto la cadena, ya sabes lo envidiosos que son esos bichos... parecen personas.

MED. ¡Pobre tití! Ya sabéis cómo rabia cuando le encierran. Luego me araña.

ROS. Pues cuida no haga daño al palomo...

RIS. Obedece, Medoro. Hoy priva el viudo inconsolable. Mañana... el viento dirá.

MED. ¡Ay, me ha picado! (Salen Risela y Medoro.)

ESCENA IV

ROSALINDA y LAURO

ROS. ¡Qué fidelidad! Sólo conozco otra semejante; la vuestra, y al fin no es tan meritoria.

LAURO En mí no es fidelidad, es escarmiento; el del gato escaldado.

ROS. Pero en fin, otro hubiera buscado el olvido

en amores fáciles. Sé de muchos que en vuestro caso, han pretendido después vengarse con otros maridos, como si el mal de muchos disminuyera en algo el propio. Yo pienso lo contrario, que debe estimarse en todo la rareza, y que si hubiera un sólo marido engañado en el mundo, sería cosa admirable de que todos hablaríamos sin faltar quien le compadeciera, pero siendo en tan gran abundancia, no es posible consagrar atención á cada uno para estudiar su caso particular y compadecerle, como se debe, si es digno de lástima. ¿No digo bien, querido amigo?

LAURO Discurrís de un modo admirable. Departir con vos es mi único consuelo viviente.

ROS. ¿De veras? Yo también siento por vos gran simpatía. No sois de los que al padecer una desgracia injusta adquieren experiencia á costa de la bondad.

LAURO De ningún modo. Porque una mujer hiciera traición á mi cariño, no creeré nunca que no debe amarse á ninguna. Sé que hay mujeres dignas de ser amadas como yo soy capaz de amar; pero no es de ellas de quien desconfío, es de mí. ¿No seré yo el indigno de ser amado? ¿No habré sido yo la causa del engaño primero y volvería á serlo de otro? El amor propio herido sabe decir muy pronto: Esa mujer me ha engañado. ¿Porqué no decir: Esa mujer se ha engañado? Yo estoy seguro de que mi esposa me ha querido, creyó quererme siempre...

ROS. ¿Por qué no? Una mujer no deja de querer á su marido porque le engañe. Al contrario. ¿No habéis experimentado nunca la simpatía que se siente por una persona cualquiera, de quien sabemos algo venturoso ó desgraciado antes de que ella misma lo sepa? La seguridad de tener un momento pendiente de nuestras palabras la tristeza ó la alegría de esa persona, nos da ante ella cierta majestad de dioses superiores al destino... Pues esa es la actitud de una mujer ante

su marido engañado, de simpatía protectora, porque sabe algo de que él no tiene la menor noticia y se siente superior á él... El verdadero momento en que una mujer deja de querer á su marido, no es cuando se decide á engañarlo, sino cuando él se entera del engaño, porque destruye el encanto de engañarle... Pero no vayais á creer que yo sé de estas cosas por experiencia propia... Las amigas, los libros... leo, converso... medito á solas.. Vos, como filósofo, comprenderéis qué poco sabría una mujer si sólo supiera de lo que ha pasado en su vida; la imaginación es nuestra vida, y la verdadera historia de las mujeres no se escribirá nunca con sus hechos, sino con lo que hemos dejado de hacer.

LAURO ¡Ah! Marquesa, sois la única mujer por quien comprendo un afecto inteligente, digno de un filósofo, el intelecto de amor de que habla el poeta italiano.

ROS. ¿Y qué viene á ser eso?, si quereis explicarlo.

LAURO El amor, amor; el amor vulgar que apetece y desea, ciega el entendimiento; el entendimiento sin amor, en cambio, seca el corazón; solo es completa ciencia de la vida la que entiende y ama ¿Veis á un ser indigno de amor en su apariencia miserable? No apartéis de él los ojos, no le huyais; consideradle atento; estudiadle, entendedle; la luz con que luchais contra las sombras será al mismo tiempo calor contra la frialdad. Lo que logra el sabio, al consagrar su estudio á la materia inerte, á un montón de pedruscos acaso, amarlos por amar á la ciencia, ¿no ha de lograrlo el alma si quiere saber de almas? Y sabiendo de ellas, ¡qué semejantes todas! ¡Cómo calla en unas lo que habla en otras, cómo habla en otras lo que existe callado en la nuestra... pero todas iguales, todas humanas!.. ¡Todas dignas de amor, si las amamos con entendimiento!

ROS. ¡Bien dicen que no hay cosa como la sabi-

duría! Eso mismo que tan bien me habéis explicado, ha sido siempre mi modo de entender el amor. Pero, ved, yo misma y cuantos conocen mi modo de ser, lo atribuíamos á falta de entendimiento, y en París pasaba yo por loca ó por coqueta... Y ya lo veis, no hay tal locura, ni tal coquetería; ahora lo comprendo, ahora veo claro en mí, era... lo que decís: intelecto de amor. ¿No es eso? Porque es el caso, mi querido filósofo, que yo encuentro siempre motivo para querer á todo el mundo. La admiración ó la piedad, la conformidad de carácter conmigo ó la mayor oposición, todo despierta en mí un sentimiento, que empezando por curiosidad concluye siempre en inquietud de amor. Si considero á un héroe, á un génio excelso, siento impulsos de levantar mi espíritu hacia el suyo con elevada aspiración; si considero á un sér miserable, despreciado por todos, pienso que mi cariño sería capaz de dignificarle y de redimirle... Por el mismo demonio sería yo capaz de condenarme, y como Eloa, el ángel todo amor de piadosa leyenda, perdería el cielo por compasión amorosa hacia Luzbel. Esa es la triste historia de mi corazón, su dolencia incurable, lo que me hace pasar por loca y por coqueta ante los muchos adoradores que se disputan mi cariño, pretendiendo cada uno ser el solo preferido entre todos. Y yo no sé preferir; el que me parece un momento más indigno de amor, me inspira tanta lástima por lo mismo, que sin darme cuenta me doy á quererle con toda mi alma. Y así vivo, sin amor de nadie, porque nadie comprende mi amor... que es amor de amar...

LAURO ¡Amor sublime! Unico digno de un espíritu racional; sin egoismo, sin celos... ¡Ah! ¡Si me permitiérais compartir con vos esa universal comprensión, si nos uniéramos para amarlo todo!

ROS. Os advierto que para eso me basto yo sola. Pero, en fin, como nuestra vecindad ha de acercarnos con frecuencia, cursaremos jun-

tos lo que llamais filosofía de amor. ¿No faltaréis desde esta noche á nuestra partida de ajedrez?

LAURO No faltaré una sola noche.

ESCENA V

DÍCHOS y RISELA

RIS. ¡Señora! Vuestro primo el capitán Rodrigo desea ofreceros sus respetos.

LAURO ¿Cómo? Ese bárbaro... ¿Es pariente vuestro ese matamoros? Ese soldadote grosero... ¿Y vais á recibirle? Os advierto que en el poco tiempo que lleva aquí se ha hecho aborrecible á todos.

ROS. ¡Pobre! Lo mismo que en París. Yo estaba presente en la sala de juego de su majestad, cuando el rey en persona, le indicó la conveniencia de trasladarse aquí á instruir reclutas. Figuraos que, admitido por señalado favor á la mesa de juego de su majestad, se permitió descubrir las trampas que allí están admitidas de común acuerdo. ¿Qué os parece la inconveniencia? ¿No tiene bien ganado su destierro? Que pase, Risela. (Sale Risela.)

LAURO No quisiera dejaros á solas con él...

ROS. ¿Olvidais los principios de nuestra filosofía? ¿Creéis que el capitán no merece ser estudiado y que no habrá algo en él que merezca un poco de simpatía? Por lo pronto su figura; es un arrogante soldado.

LAURO No, Marquesa; ese bruto no merece vuestra atención y mucho menos vuestro cariño...

ROS. Estoy pensando que eso mismo, salvo el calificativo, me diría él de vos si yo le dijera que os amaba...

LAURO ¡Ah! ¿Me comparais con él?...

ROS. Mal empezais vuestro estudio... Después discutiremos más despacio. Hasta la noche, amigo Lauro...

LAURO Hasta la noche. (Sale Lauro.)

ESCENA VI

ROSALINDA, RODRIGO y RISELA

RIS. (Muy sofocada.) Señora... el capitán...

ROD. ¡Querida prima!

ROS. Leo en la cara de Risela que te has permitido alguna libertad al entrar.

ROD. ¡Bah! Un abrazo, un saludo...

ROS. Algo brutal...

RIS. Ya lo creo. Me habéis hecho daño... y además es un atrevimiento... (Sale Risela.)

ROD. ¡Qué diablo! Llevo un mes en este poblachón instruyendo reclutas... y lugareñas...

ROS. ¿Instrucción militar también?

ROD. Todo es preparar soldados para la patria.

ROS. Suprime las atrocidades de cuerpo de guardia...

ROD. ¿Y qué ventolera te ha traído á estos lugares? ¿Te ha desterrado su majestad como á mí? ¿Quieres ayudarme á instruir reclutas?

ROS. ¡Pero qué bruto eres! Un joven de noble familia como tú, con influencia en la corte, de excelente figura, aunque no lo parece, por lo desaliñado y desgarbadote que eres, de buen corazón... aunque tampoco lo parece... por lo impetuoso y groserote...

ROD. ¿De qué me sirve todo eso? Nadie me quiere. Ni mi familia, ni mis compañeros... ¿Y por qué? Porque no sé fingir; porque soy muy franco.

ROS. Mira, primo; de la franqueza á la grosería no hay más que un paso, y ese paso es un pisotón. Procura educarte.

ROD. ¿Cómo? ¿Yo solo? Si soy un bruto, ¿cómo voy á educarme á mí mismo? Nadie se interesa por mí. ¿Te parece buen remedio á mi rusticidad desterrarme de la corte, para traerme entre gente inculta? ¿Qué maneras voy á aprender aquí? Volveré más zafio todavía, y la primera vez que me presente en la corte, si antes descubrí á su majestad las

trampas del juego, ahora le descubriré... ¡qué se yo!... las de su favorita...

Ros. ¡Tendría gracia! Pero es preciso que pongas algo de tu parte. Cultiva tu espíritu de alguna manera. Lee; yo te prestaré libros agradables de fácil lectura.

Rod. Me duermo. Como no sea cosa de mucha risa y de mucho...

Ros. Sí, sí; comprendo...

Rod. Yo no tengo en mi cuarto más que un libro que trata de las diferentes posiciones...

Ros. ¡Primo!

Rod. No te asustes. No me has dejado concluir. De las diferentes posiciones de un ejército beligerante. Es un libro de táctica.

Ros. Sí que me habías asustado.

Rod. ¿Lo ves? Es que todo el mundo cree que yo no puedo decir más que barbaridades, y no me agradecen las que me callo.

Ros Yo sí, yo sí te las agradezco.

Rod. ¿Y qué sucede por París? ¿Te has divertido este Carnaval?

Ros. He procurado divertirme y sólo he conseguido cansarme y arruinar mi salud. Figúrate, bailes, cenas, representaciones de óperas y de pastorales, fiestas á la veneciana, á la española, á lo morisco...

Rod. Se te conoce el trajín. Has perdido carnes.

Ros. ¡Rodrigo!

Rod. ¿Tampoco está bien decir eso? Me callo para toda la vida.

Ros. Piensa antes de hablar en lo que vas á decir.

Rod. Si lo pienso es peor, ¡porque pienso cada cosa! Pues si yo dijera todo lo que pienso entonces sí que no me admitirían en ninguna parte. Por supuesto, yo creo que eso le sucedería á todo el mundo. El toque está en que uno piense una cosa y se diga: esta se para callada ó esta es para dicha y saber escoger y eso es lo que me falta á mí, saber escoger. De seguro que á lo mejor pensaré algo bonito y eso es lo que me callo. Porque ten la seguridad de que todos pensamos

algo que está bien y todos pensamos algo que está mal. Quisiera yo saber lo que tú piensas algunas veces.

Ros. Todo lo que yo pienso puede saberse y decirse muy alto.

Rod. ¿A que no? Yo creo que poco más ó menos, las mujeres cuando veais á un hombre que os sea agradable pensareis lo que pensamos los hombres cuando nos gusta una mujer... ¿Y en qué va á pensar uno? ¿No es verdad?

Ros. Te has propuesto que tampoco vuelva á recibirte en mi casa; yo, que siempre he sentido por tí gran simpatía, por lo mismo que nadie te quiere, que nadie estima el buen fondo que hay en tí, yo que hubiera emprendido de buena gana tu educación.

Rod. ¿De veras? ¿No te burlas de mí? Ay, prima, prima; no te arrepientas. ¿Es verdad eso? ¿Has pensado eso? Yo te juro que delante de tí no volveré á decir una palabra, estaré callado, callado siempre como un chico de escuela, aprendiendo de tí todo lo que tú digas, todo lo que tú quieras. Creen todos, porque me ven así, que nada me importa, que estoy alegre con vivir á mi modo, que me complazco en ser un bruto, pues no es verdad; muchas veces me desespero y me doy de puñetazos yo mismo, porque yo no quisiera ser así; muchas veces, por ejemplo, he sentido verdadera amistad por un camarada y sin querer, por estas barbaridades mías le ofendía en algo y perdía el amigo y y las ganas de tener otro y con las mujeres no se diga, soy muy desgraciado, ninguna cree en mi cariño y es, porque la verdad, yo lo conozco, tengo un modo de querer que no lo parece... Si te digo que me he dado de puñetazos muchas veces... y hasta he llorado, sí, una vez lloré y todo... ¡Ya ves tú lo que yo daría porque tú me educaras.

Ros. ¡Pobre Rodrigo! (Pausa.) ¿Sabes jugar al ajedrez?

Rod. Desde una vez que rompí el tablero en la cabeza de un camarada, no he vuelto á jugar.

Ros. Se comprende. Te lo pregunto para invitarte á pasar aquí la velada, cuando tus deberes militares lo permitan. Jugaremos al ajedrez.

Rod. ¿Estarás tú sola?

Ros. De ningún modo, vendrá también algún otro amigo.

Rod. ¿Amigo?

Ros. El señor Lauro, persona excelente, de espíritu cultísimo, de cuya amistad lograrás seguramente gran provecho.

Rod. ¿El señor Lauro? Una especie de buho que pasea siempre con un libro bajo el brazo. Días há le dí un susto mayúsculo. Paseaba cerca del campo de instrucción y ordené á mis reclutas que dispararan sobre él.

Ros. ¿Hiciste eso?

Rod. Con pólvora sola. No vayas á creer que soy tan bruto.

Ros. No, ya puesto... Comprendo que no hayas conquistado su estimación.

Rod. ¡Ah! ¿Te ha hablado de mí...? Dirá que soy un salvaje, naturalmente.

Ros. Con ese modo que tienes de darte á conocer...

Rod. Pero no podrá decir que estoy en ridículo como él; que me ha engañado mi mujer, escapándose con otro en mis narices...

Ros. ¿Tú qué sabes lo que podrá sucederte? Y te advierto que es de pésimo gusto aludir á ese asunto. De maridos engañados y de edades no se habla nunca en sociedad. El señor Lauro es un hombre superior á esas ruindades de la vida.

Rod. De todos modos siento encontrarle aquí. Ya no podremos hablar con libertad como ahora... ¡Si tú supieras! hoy ha sido el día más feliz de mi vida.

Ros. ¿Es verdad? ¡Pobre Rodrigo!

Rod. Ya lo ves. Cuando menos lo esperaba. Supe esta mañana que habíais llegado anoche de París, estaba aburrido en mi alojamiento y me dije: vaya, saludaremos á mi primita, no diga que soy mal criado; una visita corta y hemos cumplido... Y vengo aquí, entro...

Ros. Abrazando á la criada...

ROD. Y ahora saldría abrazándote á tí... si tú lo permitieras...

ROS. Un abrazo no. Un beso á lo cortesano. Así no; con más gracia esa reverencia ¿No has reparado nunca en el Duque de Richelieu? ¿No te has propuesto un modelo en la corte?

ROD. Yo no sé de esas cosas... yo no quiero más modelo ni más maestro que tú y déjame de reverencias y de besar la mano... Toma, un abrazo, así... otro.

ROS. ¡Suelta, suelta! (Entra Risela.)

RIS. Señora... ¡Ay! ¿Se puede?

ROS. Adelante, adelante.

RIS. ¿Os ha hecho daño como á mí?

ROS. No, era de broma.

RIS. Un cazador de la Marquesa Celia anuncia que su señora no tardará en llegar á visitaros.

ROS. ¡Celia! ¡Qué alegría! Pronto, disponed algún agasajo, fresas á la crema, confituras, café. (Risela sale y vuelve poco antes de concluir la escena.)

ROD. Veo que no estás muy sola en el campo.

ROS. Es extraño; porque mi deseo es descansar de la vida agitada de París y á nadie anuncié mi partida; solo á veinte ó treinta personas de mi intimidad que prometieron visitarme algún día.

ROD. ¡Diablo! La hora de la instrucción y á media legua del campamento. A tu lado se para el sol, como Josué...

ROS ¿Qué dices?

ROD. Bueno, quiero decir que tú eres Josué... Vamos, que á tu lado no pasan las horas... es decir, pasan sin sentir... ¿Lo ves? Para una vez que voy á decir un madrigal, lo confundo todo. ¿Habré dicho alguna barbaridad?

ROS. No; como ensayo está bien. No desconfíes tanto de ti mismo. Hasta la noche.

ROD. Hasta la noche. Después de retreta estoy aquí. Hoy acuesto al batallón dos horas antes. (sale.)

ESCENA VII

ROSALINDA y RISELA

Ris. Y veníais al campo á descansar... ¡Buena jaqueca os habrá levantado!

Ros. ¿Quién? ¿Mi primo? No... ¡Pobre muchacho!

Ris. ¿No os ha dicho mil inconveniencias?

Ros. Bien puede perdonársele. Su corazón es sano y franco su lenguaje. No se debe juzgar de nadie por las apariencias.

Ris. ¡Ya! (Pausa.) ¿Y el señor Lauro? De ese si que no habéis escapado. Os ha repetido una vez más sus desdichas conyugales... ¿Qué había de sucederle? Es un hombre insufrible, toda su vida está ordenada y prevista con rigurosos métodos. Sus criados me lo han contado. La infeliz de su mujer había de ser como una máquina más de reloj en la casa, y figuraos que el marido sólo daba cuerda á los relojes una vez por semana. ¿No había de escapársele?

Ros. Reprime esas libertades en tu lenguaje. El señor Lauro es un alma noble, digno en todo de estimación.

Ris. ¿De modo, que el señor Lauro y vuestro primo el capitán, lejos de aburriros como yo temía, os han encantado?

Ros. La triste situación de los dos, cada uno por su estilo, ha despertado en mí la mayor simpatía. Esta noche vendrán á jugar al ajedrez...

Ris. ¿Los dos? ¿Y jugaréis dos contra uno? Es juego muy difícil de llevar. A no ser que haya un mirón, papel muy desairado.

Ros. ¿Y quién ha dicho que se juegue? Ese es el pretexto .. pero yo cantaré ó se hablará, ó... y ¿quién sabe todavía si estaremos los tres solos?...

Ris. No, con vuestro sistema. Es probable que vuestro primo traiga á todo su batallón.

Ros. ¡Risela!

Ris. ¡Pobres reclutas! Su historia será tan interesante; arrancados de sus hogares, lejos de los suyos ..

Ros. ¿Te burlas de mí? Pues mira, sí que me dan compasión esos pobrecitos y he de enviar á mi primo para que los obsequie del mejor vino de mi bodega.

Ris. Tenéis un gran corazón, señora mía, pero temo que os ha de causar muchas desdichas.

Ros. No las temo. Mira, el Amor, como en altar pagano, preside esta morada y él me protegerá. Es un Dios...

Ris. ¡Ay! Es un niño... Por eso me asusta.

Ros. ¿Quién grita? ¿Oyes?

Ris. Es Medoro, el negrito.

ESCENA VIII

DICHOS y MEDORO (Llorando.)

Med. ¡Mi señora, señora mía!

Ros. ¿Qué te ocurre? ¿Qué pasa?

Med. Me ha pegado Pedro, se burla de mí, del pobre Medoro; señora, mandad que no me pegue, yo no haré nada malo, jugaba en el jardín con el mono...

Ros. No llores. Yo castigaré á ese truhán. Risela, llámale...

Ris. Os advierto que no debéis hacer caso de este buena pieza. Conozco sus marañas; habrá hecho alguna trastada y toma el partido de quejarse antes de que nadie se queje. Es un embustero.

Med. No soy embustero; soy bueno, señora, es que tienen envidia á Medoro porque mi señora le quiere...

Ris. ¡Calla, pícaro, tú si que!...

Ros. Basta, Risela. No quiero que nadie le maltrate. ¡Pobre criatura! Su suerte es muy triste, entre gente que no es de su raza, que le mira con horror ó con burla.

MED. ¡Pobre Medoro!

ROS. ¡Qué será de él en el mundo! Condenado á vivir sin cariño... ¿qué mujer podrá amarle?

MED. ¡Pobre Medoro!

ROS. Cuando lo pienso... Figúrate que algún día te vieras cautiva entre negros.

RIS. No digáis, les parecería muy aceptable, pero éste, aun entre los suyos debe parecer horrible.

ROS. No hables así... Vaya, no llores...

MED. Mi señora es muy buena, es una reina muy buena, la reina más hermosa del mundo. Medoro subiría al cielo por una corona de estrellas de oro para su señora hermosa, más hermosa que el cielo.

ROS. Tu señora no te abandonará nunca.

RIS. ¿Sabes jugar al ajedrez, Medoro?

ROS Risela, basta de burlas.

RIS. Señora, no os enojeis conmigo, no sea yo, por mujer, la única que caiga en vuestra desgracia.

ESCENA IX

DICHAS y la MARQUESA CELIA

CELIA (Dentro.) ¡Rosalinda! ¡Rosalinda!

RIS. La marquesa Celia...

ROS. Retiraos ¡Querida amiga!

CELIA ¡Rosalinda del alma!

ROS. Cuánto agradezco tu visita en esta soledad.

CELIA No es de agradecer; vengo á implorar tu protección.

ROS. ¿Qué te ocurre? Me asustas.

CELIA No sé cómo vengo, ni cómo me he vestido. Soy la mujer más desgraciada... ¿Ves ésta amazona? No es mía, es de Gabriela, me vestí en su casa, vengo desde allí huyendo .. Gracias á que las dos tenemos el mismo cuerpo. ¿Me está bien?

ROS. Admirable. Y la caminata te ha sentado muy bien, tienes unos colores...

CELIA Naturales.

Ros. ¡Oh! Ya se nota; el carmín no engaña de día. Pero dime...

Celia Estoy loca. He cometido una imprudencia irreparable.. Tú sí que estás encantadora con ese atavío campestre. Una Tirsis de pastoral versallesca; por supuesto con ese traje no correrás mucho por esos campos, lo que me indica que en el campo y en París, tu vida es la misma. ¿Es verdad que tu primo Rodrigo está aquí desterrado porque Madame du Barry coqueteaba con él más de lo conveniente?

Ros. No hay tal cosa.

Celia Me lo dijeron en el último baile de Carnaval. Fué el más lucido de todos, lástima que ya no asistieras... Yo me presenté vestida de circasiana; la favorita quiso dar ejemplo de modestia y se disfrazó de vendedora del mercado. Hubo quien dijo que el resto del año era cuando se disfrazaba. No son justos, porque ella tiene una gracia natural para todo que no hace parecer improvisada su elección. Pero en París se la detesta más cada día, la corte arde en intrigas.

Ros. Como siempre.

Celia Madame du Barry que es muy avisada, procura congraciarse con la gente eclesiástica; ya sabes que en la corte hay que ampararse de ella para contener á los maldicientes. Es gente de mundo que se contenta con las prácticas exteriores y corre el velo de su absolución sobre las intimidades. De todos modos creo que el Rey no podrá sostenerla mucho tiempo. Yo no presto atención á lo que se dice, porque me basta con pensar en mis asuntos, de una gravedad terrible, amiga mía.. Yo no sé cómo otras mujeres pueden llevar una vida de intrigas sin verse nunca en trance tan apurado. Tú sabes lo poco que yo he dado que hablar, mi exceso de prudencia; y la primera vez, la primera, puedes creerlo, que me decido á permitir galanteos asiduos, doy la preferencia á un loco frenético que será ca-

paz de comprometer mi reputación, ¡quién sabe!... de matarme...

Ros. ¿Qué dices? El marqués Octavio por fin...

Celia El mismo. Yo que pensaba hallar en él un amigo leal, el confidente necesario á toda mujer distinguida, de sus asuntos sentimentales, de sus pensamientos delicados, yo que le juzgué el más discreto de los *cavalieri serventi*, el *sigisbeo* modelo, le veo trocarse, apenas obtenida una leve concesión de mi voluntad en el más celoso enamorado, en el tirano más insoportable; un turco feroz, un español hosco, inquisitorial, que me persigue, me amenaza y no satisfecho con sus celos, pretende despertar los de mi marido para sumar fuerzas en contra mía. Por fortuna, mi marido no es hombre que se inquieta por insinuaciones mal intencionadas, pero tanto podrá decirle... Además, mis criados son otros tantos espías, comprados por él á peso de oro; no puedo dar un paso que él ignore, no puedo enviar una carta que él no sorprenda y en lo más inocente cree sorprender una clave misteriosa. Mi vida es un continuo sobresalto. Ayer mismo, le anuncié mi intención de visitarte y la escena fué horrible, supuso que yo venía á ver á un amante, que tú favorecías nuestras entrevistas...

Ros. ¿No tiene mejor opinión de mí ese caballero?

Celia No lo tomes en cuenta. Está loco. Ante su actitud decidí visitarte sin falta. Me amenazó con decírselo todo á mi marido, con aparecer aquí los dos juntos á sorprenderme...

Ros. ¡Tendría gracia! ¿Y esperas?...

Celia Lo espero todo; porque de un loco todo puede esperarse. Pero si se atreviera á presentarse aquí... confío en que tú, mi amiga de toda la vida, le hagas comprender que todo ha concluído; no quiero volver á verle; no volveré á París, no saldré de tu casa hasta que no te haya dado palabra de no perseguirme más, de no pensar en mí nunca...

Ros. Todo eso es posible si llega solo, pero y si...

Celia No lo creo. Y sentiría que no viniera solo, porque mi marido sería capaz de reconciliarnos.

Ros. Espera. Oigo voces en el jardín... Los criados disputan con un hombre... Sí, es él... El marqués Octavio...

Celia Le esperaba, le conozco.

Ros. Recordará que estás en mi casa...

Celia No lo sé; conmigo no cuentes, yo perderé el sentido, es el único medio de no contestarle.

ESCENA X

DICHAS; el MARQUÉS OCTAVIO, PEDRO y MEDORO deteniéndole. Después RISELA

Oct. Nadie me estorbe... quiero entrar... Tú... no huyas, no; vengo á matarte, á concluir de una vez.

Celia ¡Dios mío! (Cae desmayada.)

Pedro ¡Caballero!

Ros. ¡Socorro! ¡Risela! ¡Caballero!... (Entra Risela.) ¿Olvidáis quién sois y que estáis en mi casa?

Ris. ¡Señora! (Acudiendo á Celia.)

Oct. Sí, es verdad. Estoy loco; entrar en vuestra casa como un foragido, pero no sabéis... ¡Quiero á esa mujer con toda mi alma! ¡Se burla de mí sin piedad! ¡No puedo vivir sin ella!

Ros. Ved lo que habéis hecho.

Oct. (Arrodillándose junto á Celia.) No, no; Celia, vuelve en tí, perdóname; si desde ayer mi vida es un infierno; pero vuelve en tí... mírame; estoy loco, ya lo sé, pero te quiero con toda mi alma, como no se puede querer más...

Ros. Risela, pronto... llevadla á mi habitación; avisad á un médico...

Ris. Si es fingido, señora...

Ros. Ya lo sé, pero hay que disimular.

Oct. ¡Celia de mi vida! ¡Celia de mi alma!

RIS. ¿Pero qué especie de loco es éste?

ROS. Un loco, sí; pero sabe amar... Celia, amiga mía...

OCT. (Reponiéndose y saludando á Rosalinda.) ¡Ah, señora! No sé cómo pediros perdón...

ROS. ¡Amais!... ¡Estais perdonado!

TELON

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del primero

ESCENA PRIMERA

La MARQUESA, CELIA y RISELA

RIS. (Mirando por la ventana.) Sí; pasea por el jardín con mi señora. Ahora desaparecen, se internan en el laberinto, sin duda subirán al *belvedére*...

CELIA ¿De modo que ya se ha tranquilizado?

RIS. Al parecer. ¡Pero nos ha dado un susto! Cuando os acostamos en la habitación de mi señora y él esperaba aquí, pesaroso de su arrebato, que recobrárais el sentido para implorar vuestro perdón sin duda; al entrar yo y decirle: Caballero, la Marquesa apenas volvió en sí; se arrojó del lecho, compuso su traje precipitadamente, salió corriendo, bajó al jardín, montó en su caballo y á galope tendido vuelve á su casa, perjurando que no volverá á veros. ¡No querais saber cómo se puso! Quiso matarme por no haber estorbado vuestra fuga, increpó á mi señora en términos que ella no había oído desde la muerte de su esposo, intentó correr en vuestra persecución; por fortuna, su gente había

desenganchado la silla de postas y pudieron decirle que estaban herrando los caballos; por si acaso mi señora dió orden secreta de que no le facilitaran coche ni cabalgadura, y con todo esto ha podido contenerle hasta ahora, sin dejar de mostrarle con todo género de reflexiones cómo su conducta no era digna de un noble caballero, que una dama como vos no es una plaza fuerte. .

CELIA Bien dicho.

RIS. Y ya que no vuestra tranquilidad, debiera respetar la de vuestro esposo, inocente de todo, que no tiene por qué llevarse un disgusto...

CELIA ¿Todo eso le dijo tu señora?

RIS. Y mucho más. Mi señora posee un tesoro de consuelos para todo género de desdichas.

CELIA Lo importante para mí es que el Marqués entienda que así no se puede querer; que me odie ó que me olvide, pero mi tranquilidad no puede estar á capricho de un loco.

RIS. Yo no he visto á nadie tan apasionado.

CELIA El Marqués Octavio lleva sangre italiana en las venas; los franceses, por dicha nuestra, no son tan violentos en sus afectos.

RIS. ¿Y estais decidida á romper con él para siempre?

CELIA Sería yo tan loca como él si no escarmentara.

RIS. No digais, las reconciliaciones con una persona tan vehemente, deben tener un encanto especial...

CELIA Cierto que nadie me ha querido de esa manera.

RIS. Estoy segura de que volveréis juntos á París como si nada hubiera pasado.

CELIA Ahora me parece imposible. Pero no quiero decir nada.

RIS. Señora. . Vuelve hacia aquí. Acaso entre en la casa... si...

CELIA Vuelvo á mi escondite... Si tu señora consiguiera traerle á la razón, si cambiara un poco...

RIS. Eso es; que guarde esa impetuosidad para

cuando estais á solas, pero delante de gente... Aquí vienen...

CELIA Si sospechase que estoy tan cerca... (Entran Celia y Risela.)

ESCENA II

LA MARQUESA ROSALINDA y EL MARQUÉS OCTAVIO

OCT. No es el paseo al aire libre, no es la calma conventual de vuestro jardín cultivado con arte primoroso en que la naturaleza ajustada á ceremonial cortesano, parece mostrarnos como hemos de recortar también nuestro espíritu si hemos de parecer jardines deleitables y no selvas desoladas; es vuestra compasión, son vuestras palabras, dulce Rosalinda, las que vuelven la calma á mi corazón.

ROS. Y estas mismas reflexiones que habeis escuchado de mí, ¿no pudísteis antes escuchar las de vos mismo?

OCT. Ya sabeis lo que dice Alcestes, el misántropo de los verdes lazos, por boca de Moliere: la razón no gobierna en asuntos de amor.

ROS. Por el estilo es el galante dístico que nuestro rey ha hecho grabar con letras de oro en las fichas de su mesa de juego.

Yo de todos, el señor,
esclavo soy del amor.

Pero nuestro bien amado rey no se revela contra su esclavitud como vos, más parecido al hombre de los lazos verdes que tanto nos hace reir en el teatro. Y hay que convenir en que la suerte os ha deparado para vuestra desesperación, una mujer más coqueta que la misma Celimena del Misántropo. ¿Cómo fué enamoraros de la Marquesa Celia? ¿Acabábais de llegar á París?...

OCT. No. Sabía... sabía que yo no era su primer amante, que yo era el sucesor de Mr. de Montbazon...

Ros. El sucesor... Sí, como Luis XV es sucesor de Farmundo en el trono de Francia.

Oct. No os burleis de mí, si lo sabía todo, lo que me dijeron, lo que yo he visto, más que todo eso, lo que yo he imaginado, porque no hay engaño ni traición de que no la creyera capaz. Es de esas mujeres que enloquecen, que destrozan para siempre la existencia de un hombre. Ese acorde armonioso de dos almas que es el mayor encanto del amor, no fué posible nunca entre nosotros. Bastaba que yo estuviera triste para que ella mostrara la más loca alegría; que yo pareciera alegre para mostrar ella tristeza. Ha jugado cruelmente con mi corazón.

Ros. ¿Y sois también de los que la juzgan hermosa? ¿Os admitió nunca á presenciar su tocado? Pero en fin, pase vuestra ceguedad para sus defectos físicos, eso prueba que vuestro amor es puramente espiritual. ¿Pero que hayais estado tan ciego para sus cualidades morales? Una mujer sin corazón que aceptó vuestro cariño como se acepta un adorno á la moda; que ha hecho de vos la fábula de París, poniéndoos en el caso de cometer mil locuras, que os desacreditaba con sus amigas para estorbar de ese modo que ninguna se atreva á corresponderos si algún día curado de vuestro loco amor, buscais más digno empleo á vuestro corazón, una mujer. . ¿Pero, qué estoy diciendo? ¡Qué imprudente! Olvido que la amais sobre todo, que mis palabras os lastiman seguramente y acaso juzgais mal de mí, pensareis que soy traidora y falsa con mis amigas, que descubro sus defectos, que los censuro sin piedad, tal vez penseis que es envidia ó rivalidad mujeriles el sentimiento que habla en mí...

Oct. No, Rosalinda.

Ros. Sí, sí; debo pareceros odiosa, aborrecible. ¿No es eso?

Oct. No, Rosalinda.

Ros. Sí, sí... pero no me importa. Algún día comprendereis lo piadoso de mis intenciones; en

la conciencia más cerrada tiene una hora de claridad la justicia... y entonces sabreis la compasión profunda que siento por vos; si yo supiera que ella era capaz de comprender al fin la grandeza de vuestro corazón, de compensar lo que os ha atormentado... pero la conozco, conozco la ruindad de sus sentimientos, la pequeñez de su alma y creedlo por curaros de esa infausta pasión, por veros tranquilo, os diría... no ya lo qué sé de ella, que es bastante... sino... que sé yo, sería capaz de calumniarla, si fuera posible calumniar á esa mujer... ¡Pero qué loca soy! Mañana mismo estareis á sus plantas, implorando su perdón y maldiciendo de mis palabras y en pago á mis bondades habré conseguido su aborrecimiento y el vuestro.

OCT. No, Rosalinda.

ROS. Sí, sí; pero no importa... Sé que más tarde ó más temprano, no mis palabras, su conducta indigna os hará odiosa á esa mujer para siempre y entonces os acordaréis de mí... entonces, acaso esté yo lejos, acaso haya muerto...

OCT. No, Rosalinda.

ROS. Sí, sí... pero no importa... Entonces diréis... ¡Pobre Marquesa Rosalinda! ¡Me dijo la verdad! ¡No me engañaba! ¡Pobre Marquesa! ¡Si yo no hubiera estado tan loco!

OCT. ¡Es verdad! ¡Si yo no hubiera estado tan loco! ¡Pasastéis á mi lado muchas veces y hasta ahora no os conocía! ¿Por qué no os conocí antes, Rosalinda? Mis ojos han hecho traición á mi corazón, porque era á vos á quien buscaba..

ROS. ¿A mí?

OCT. Un corazón como el vuestro, Rosalinda; al amaros no hubiera yo parecido un loco. El que ama sin ser correspondido, ¿que otra cosa puede parecer más que un loco? Es la ridícula figura de uno que danza sin música que le acompañe. Y es loco amor el de un corazón que ama sin que otro corazón le responda con dulce harmonía. Pero siempre

es así; uno que ama, otro que se deja amar. Si el amor de uno no acudiera á reparar el desequilibrio del otro, no habría castillo de naipes levantado por el amor que no viniera á tierra á un leve aliento. Y así fué mi amor, solo mío. ¿Qué era locura, por que esa mujer no merece mi cariño? Lo sé, pero no era á esa mujer á quien yo amaba, era al amor que nació en mí y que yo animé con mi alma. ¿Pues qué pensaba esa mujer? Sin lo que yo puse en su amor de mi alma, ¿qué valdría? Pero vuestro corazón no es el suyo, el vuestro es ara preciosa, santo reposorio digno del amor infinito que desborda en mi corazón.

Ros. Amigo mío, si... yo pretendía curaros... pero... tan pronto, no esperaba...

Oct. Solo vuestro amor puede salvarme.

Ros. No habléis así; yo no soy capaz de atormentar á nadie. Decís que un amor ideal, un amor...

Oct. Mi amor, Rosalinda, mi loco amor que siempre debió ser vuestro.

Ros. Por favor... Llega gente... Y estamos á obscuras... ¡Risela... Risela!

Oct. No os alejéis, Rosalinda. (La sigue en la obscudad.)

Ros. Esperad... No veo...

Oct. Os amo. (Siguiéndola siempre.)

ESCENA III

DICHOS y RISELA

(Al entrar Risela el Marqués le da un beso en la mano)

Ros. (Al oír el beso) ¿Eh?

Ris. Nada... algo que se ha perdido.

Oct. ¡Oh!

Ros. Luces, Risela. Disponlo todo para cuando lleguen esos señores.

Ris. Voy, señora...

Oct. ¿Esos señores? ¿No estaréis sola?

Ros. Espero á unos amigos; pasaremos aquí la velada.
Oct. ¡Qué fastidio!
Ros. No seais egoista.
Oct. No es egoismo: son celos.
Ros. Ya... No me haréis creer que es por mí,.. Serán los que han sobrado de mi amiga.
Ris. (Vuelve con un candelabro. Bajo á la Marquesa.) Traigo un solo candelabro porque os advierto que hoy estáis descolorida y la mucha luz no favorece ..
Ros. (Idem á Risela.) ¿Y la Marquesa?
Ris. Espera en la biblioteca á que el Marqués se haya tranquilizado; pregunta cómo va...
Ros. Inquieto, inquieto todavía...

ESCENA IV

DICHOS, LAURO y PEDRO

Pedro (Anuncia.) El señor Lauro. (Se retira.)
Lauro Señora mía.
Ros. Mi filósofo. Sois el primero en acudir á mi invitación.
Lauro (Reparando en el Marqués.) ¿El primero?
Ros. Es verdad, olvidaba... (Presentando.) El Marqués Octavio, el señor Lauro.
Oct. ¡Caballero! Tuve el gusto de saludarle en otra ocasión.
Lauro Cierto, en París.
Oct. ¿Y vuestra esposa? (Rosalinda hace señas al Marqués.)
Lauro ¡Ay!
Ros. No extrañeis el silencio del señor Lauro; renovais una herida cruel. Su esposa ha muerto.
Oct. ¡Cómo! Juraría haberla visto en París pocos días há.
Ros. ¡Imposible!
Oct. Sí, en un baile público.
Lauro Es posible... digo, imposible, imposible.
Oct. Perdonad si os he recordado... Esa es la vida. Todos hemos de pasar por ello.

LAURO Casi todos.

ROS. Risela, sirve el café, dispón el juego, avisa á Medoro.

RIS. ¿Para qué? No puedo soportar al negro.

ROS. Es manía. ¿Le tienes envidia?

RIS. Pues bien, sí; eso de que el último que llega sea vuestro preferido... Ese negro es un pícaro redomado; yo no sé por dónde se introduce en la bodega, y no quiero deciros cómo se pone. Yo serviré el café. (Sale y vuelve con un servicio de café; dispone el juego de ajedrez.)

ROS. ¿Qué libro es ese, señor Lauro?

LAURO Un precioso libro. Le traje conmigo, pensando hallaros sola...

ROS. El Marqués Octavio es también aficionado á curiosos estudios; no le estará mal aplicarse en nuestra academia de amorosa filosofía. También ha padecido tormento de amor.

OCT. ¿Y de qué trata ese libro?

LAURO Son las ciento cuatro cuestiones de amor propuestas por el rey Renato. No hay punto de amor que aquí no se discuta y se resuelva. ¿Cuál es desdicha mayor, amar sin ser amado ó ser amado sin amar? Si una dama honesta puede amar de amor á otro hombre que no sea su legítimo dueño. Si cabe sumar en un amor ideal, amor que de objetos diversos se compone la realidad... Si... ¡Oh! Es un precioso libro.

ROS. ¡Quién hubiera vivido en aquellos tiempos de amor y poesía! El mundo era joven y las almas eran audaces. Yo hubiera sido reina de una corte de amor, mis leyes hubieran sido cantadas en rimas primorosas, y el mundo entero las hubiera acatado, porque serían leyes de paz y de amor. Mi reino hubiera parecido encantado como el reino de las hadas buenas, como una eterna primavera florecida á un beso de sol y de la tierra.

LAURO (Besando la mano á Rosalinda.) ¡Divina Rosalinda, celestial Rosalinda!

OCT. Veo que vuestra filosofía se aplica á las cosas de este mundo.

LAURO Responderé lo que el sabio: ¿Creeis que las

cosas buenas se han hecho sólo para los tontos?

OCT. ¿Queréis decir?

ROS. (Interponiéndose.) Nada, señores...

OCT. Ese filósofo es un impertinente... y os advierto que si me molesta demasiado...

ROS. Tendréis paciencia. Yo no soy la Marquesa Celia.

LAURO (Bajo á Rosalinda.) El caballero parece un presumido, muy pagado de su persona.

ROS. No sois justo. Acaba de decirme que sois un hombre encantador.

LAURO ¿Ha dicho eso?

ROS. Podeis creerlo.

OCT. (Aparte á Rosalinda.) ¿Os hablaba de mí?

ROS Nada malo, como pensais. Dice que le parecéis muy inteligente, y que ha de procurar ser gran amigo vuestro (Lauro y el Marqués Octavio se dirigen uno hacia otro y se dan la mano.)

LAURO | Gracias, caballero.
OCT. | Agradezco la...

ESCENA V

DICHOS y el CAPITÁN RODRIGO. Rodrigo canta dentro

ROS. El Capitán... mi primo...

ROD. Salud, caballeros... No diréis que he tardado.

ROS Yo creí que conocías al Marqués Octavio.

ROD. No; he oído hablar mucho de él.. No me lo figuraba así.

OCT. Pues cómo...

ROD. ¡Qué sé yo! Pero no me lo figuraba así.. Cosas que se figura uno.

OCT. (Bajo á Rosalinda.) ¡Qué impertinente!

ROS. No lo toméis en cuenta. Justamente me hablaba siempre muy bien de vos.

OCT. Sin conocerme.

ROS. De oídas...

ROD. (Bajo á Rosalinda.) Este es ese loco italiano, enamorado de la Marquesa Celia. ¿No es

eso? Presume de noble y su abuelo prestaba con usura á mi padre...

ROS. Eres injusto. Me hablaba muy bien de tí...

ROD. Sin conocerme.

ROS. Sin conocerte.

ROD. ¡Ah... por eso...

ROS. Sentaos, amigos; tomaremos café y departiremos gustosamente. El libro del señor Lauro puede servir de tema á nuestra conversación.

ROD. Déjate de libros... ¡Buen café!

OCT. ¿Tenéis dispuesto el ajedrez? No suspendais vuestra partida. ¿Es el señor Lauro ó el capitán vuestro contrincante?

ROS. Cualquiera... ó vos si sabéis jugar.

OCT. Algo.

ROD. Pues aquí donde me ves tan campante, primita, no sabes las cosas que yo he hecho desde que salí de aquí; todo á paso de carga. La instrucción, el baño de los reclutas en el río... desde que yo mando el batallón se baña á diario. ¿Por qué no vienes un día á verlo? Te advierto que es un espectáculo muy divertido.

ROS. ¡Primo!

ROD. Las orillas del río es el paseo á la moda de las damiselas del lugar. Hay quien manda á preguntar al cuartel á qué hora es el baño.

ROS. Inventas unos disparates...

ROD. ¿Inventar? Si yo supiera inventar no inventaría disparates. Cuento lo que veo. ¿Sabes lo que me sucedió anoche al ir á acostarme?

ROS. De noche, al acostarte... y tú... No quiero saber nada.

ROD. Te reirías. Puede que como hay gente delante no te rías, pero te reirías luego...

ROS. ¡Rodrigo, Rodrigo!

LAURO (Al Marqués Octavio, que está distraído.) ¡Qué bárbaro!

OCT. ¿Eh?

LAURO El primito, digo...

OCT. Es intolerable. Si yo hubiera sabido que la Marquesa no estaba sola...

LAURO ¿Cómo?

OCT. No lo digo por vos, lo digo por ese...

LAURO Estará diciendo atrocidades. La Marquesa hace señas de que me acerque á interrumpirle.

OCT. ¿Señas? No veo... (La Marquesa se ríe.)

LAURO Es una seña especial que yo conozco.

OCT. Pues parece que le escucha muy complacida.

LAURO Es risa fingida... esa es la seña... (Acercándose.) Marquesa... (No le atiende.) Marquesa...

ROS. Señor Lauro...

ROD. ¿Es filosofía también interrumpir cuando hablan dos personas?

LAURO ¡Caballero!

ROS. ¡Primo! ¡Señor Lauro!

ROD. (Conteniéndose.) Bien está. (Acercándose al Marqués.) Si yo hubiera sabido que mi prima no estaba sola...

OCT. ¿Eh?

ROD. No lo digo por vos, lo digo por ese.

ROS. (A Lauro.) Jugaremos nuestra partida.

LAURO Es lo mejor. Será el único medio de teneros cerca de mí. Yo esperaba hallaros sola. Jugaremos. ¡Qué se ha de hacer! Nos contentaremos con jugar.

OCT. (A Rodrigo.) Ved, se sienta como si no estuviéramos aquí...

ROD. ¿De qué será el tablero? O la cabeza ó el tablero, lo que pueda más.

OCT. La Marquesa se burla de nosotros.

ROD. Eso creo.

OCT. Y comprenderéis que no estoy dispuesto á tolerarlo.

ROD. Ni yo.

OCT. Mucho menos, cuando acaba de arrancarme por sorpresa una declaración de amor.

ROD. ¿Eh?

OCT. Vine aquí loco de celos, de amor desesperado; después... quise olvidar, dar celos á mi vez, la Marquesa me habló de un modo...

ROD. Y á mí...

OCT. ¿A vos?

ROD. Sí. Vine á visitarla esta tarde, empezó á decirme que era una lástima que yo fuera

así... Vamos, así... ya sabréis como soy... abrutado... Me lo dijo tantas veces que llegó á conmoverme; sentí vergüenza de mí mismo y no sé qué la dije... pero quedamos así .. vamos, como cuando se empieza algo. Esperaba encontrarla sola esta noche y... ¡qué diablo! Como la vida de guarnición es tan aburrida y tiene uno tan mal alojamiento...

OCT. Ved, no juegan. Hablan, ríen... se burlan de nosotros.

ROD. Ella pase, pero el buho... ese no vuelve aquí...

ROS. (A Lauro.) Tenéis un juego muy claro.

LAURO No tanto como pensais. Es un doble juego. Parece que voy por este lado y ya veréis la sorpresa. (Rodrigo y el Marqués se acercan á verlos jugar.)

ROS. Ah, señores; miren qué apurado está el rey.

LAURO Apuradillo, apuradillo. Jaque...

ROS. Dejadme pensar. (Pausa. El Capitán tararea una canción, á poco la tararean los cuatro. El Capitan y el Marqués mueven al mismo tiempo una pieza.)

OCT. Esta...

ROD. Esta es la jugada.

LAURO Perdonad... Dos piezas á un tiempo, no nos entenderemos.

ROD. Esta es la jugada.

OCT. Permitid, no es esa, la jugada es esta ¿No véis que luego viene á caer aquí con el caballo y se come el alfil y la reina queda indefensa?

ROD. Y de este modo, ¿no véis que se come la torre con el caballo y se corre aquí con la reina, y el rey está perdido?

OCT. Perdonad... Con vuestro permiso, yo jugaré por la Marquesa.

ROD. Yo por el caballero, veréis si digo bien.

OCT. Lo veremos. Yo vengo aquí. ¿Y ahora?

ROD. Esperad... ahora...

ROS. Puesto que tanto les interesa, dejemos que sigan la partida y hablaremos nosotros... Sentémonos aquí. (Se retiran y se sientan al otro lado.)

LAURO Hermosa Rosalinda, os suplico que aceptéis la dedicatoria y que leais, con atención, este breve razonamiento que me habéis inspirado; es un compendio de cuanto hablamos esta tarde; en él se halla lo más sustancioso de nuestra filosofía de amor. Yo estoy seguro de que nuestras almas han de compenetrarse en su excelsa doctrina... Leedlo, Rosalinda.

ROD. Nada, como si no estuviéramos aquí. Se acabó. (Dando un golpe al tablero y tirando las piezas.)

ROS. (Asustada.) ¡Ay! ¿Qué sucede?

OCT. Nada, que habéis perdido.

ROS. ¿Yo?

OCT. Sí, el Capitan jugaba por vos.

ROD. Sí, he perdido, he perdido. Necesito el desquite. Señor Lauro, venid acá, necesito el desquite.

LAURO ¿Yo? Yo no jugaba con vos.

ROD. Ya lo sé. Conmigo no juega nedie, pero el Marqués llevaba la partida por cuenta vuestra, he perdido; necesito el desquite.

LAURO Dejadme en paz. ¿Créeis que estais entre vuestros reclutas?

ROD. ¡Por vida!...

ROS. ¡Rodrigo! ¡Lauro!

OCT. ¡Caballeros!

ROS. (A Rodrigo.) Veo que no puedes alternar con nadie, no volveré á recibirte en mi casa.

ROD. ¡Ah! Eso es echarme, ¿no es eso? Te has burlado de mí. Me invitaste á que viniera para reirte con el filósofo á mi costa. Está bien... señor Lauro.

LAURO Entiendo, caballero.

ROS. ¿Qué significa?

ROD. Nada, nada... Querida prima, tienes muy bien ganada tu fama de coqueta.

ROS. ¿Qué dices?

ROD. Mañana te enviaré mi batallón para que juegues al ajedrez.

OCT. Reportaos, aunque os sobre la razón.

ROS. ¿Vos también?

ROD. Vamos.

LAURO Os sigo.
ROS. ¿Dónde vais? ¡Lauro, Rodrigo!
LAURO Señora, soy hombre antes que filósofo.
ROD. ¡Burlarse de mí! (Salen Lauro y Rodrigo.)

ESCENA VI

ROSALINDA, MARQUÉS y OCTAVIO

ROS. Corred, detenedlos. ¿Qué intentan?
OCT. Matarse por lo visto.
ROS. No puede ser. Impedidlo.
OCT. Yo no; agradeced que he tenido calma para no provocar antes el lance.
ROS. ¿Vos?
OCT. Sí, yo, yo. ¡Lo de siempre! ¡Lo de todas! Ponéis á los hombres en el trance de jugarse la vida, el honor... y preguntáis todavía: ¿Pero es mía la culpa? ¿Qué hice yo? ¡Están locos! ¿Creeis que puede así jugarse con el corazón, con la dignidad de los hombres? ¿Qué os propusísteis al reunirlos aquí? Y no contenta con ponerlos frente á frente, me detenéis también con palabras engañosas de consuelo, de esperanza, y yo... ¡Pero es que he nacido para ser juguete de las mujeres! ¿Y hablábais de vuestra amiga? Celia no emplea en sus engaños tan perversa coquetería. Hay lealtad al menos en sus traiciones... Dice: no puedo quererte más de lo que te quiero; no exijas más de mí... Y el loco es uno, que no acepta su noble franqueza; pero vos...
ROS. ¡Basta, basta! Si los tres habéis interpretado mi compasión por preferencia amorosa, no es culpa mía. Soportar quejas celosas de quien no puedo creer que me ame, es demasiado.
OCT. Sí; fuí tan loco, que un momento soñé que por vos era posible olvidar un amor desdichado, creí vuestras palabras, creí en vuestra bondad.

Ros. ¡Ah! mientras creísteis que era solo para vos mi bondad. ¿Me queríais egoísta, insensible para todos, y sólo para vos compasiva y amante? Entonces, decís bien, amad á la Marquesa Celia, esa á lo menos no ama á nadie, y su modo de igualar á todos, sienta mejor al egoísmo y á la vanidad de los hombres... Ya os lo dije, volveríais á ella más enamorado que nunca...

Oct Sí volveré, y sclo siento lo que he tardado.

Ros. No tardaréis mucho más. Os espera aquí, muy cerca. Yo misma os la traeré.. ¡Celia, amiga mía!

Oct. ¿Está aquí?

Ros. Sí; esperaba que yo os convenciese de que no debíais perseguirla, de que ella no podía soportaros... de que...

ESCENA VII

DICHOS y CELIA

Oct. ¡Celia!

Celia Sí; yo, muy satisfecha de los buenos oficios de mi amiga. ¿No has reparado en medio alguno para atraer al Marqués á la razón? ¿Es el Luis XV en la dinastía de mis amantes? No tengo corazón, y nunca le admití á presenciar mi tocado. No te basta con negarme el contenido y me niegas también el continente... Recomendaré los auxilios de tu amistad á cuantas amigas deseen romper con su amante...

Oct. Celia, yo no he pensado... Pensé un momento en darte celos para que supieras lo que son.

Celia Ya lo sé. Celos de una amiga que yo creí leal y de mi amante, de quien nunca pude creer que me olvidara tan fácilmente...

Oct. ¿Olvidarte? ¿Pudiste creerlo?... ¿Olvidarte yo?...

ESCENA VIII

DICHOS, RISELA y MEDORO. Entran disputando

RIS. ¡Pícaro! ¡Te he de matar!
MED. ¡Señora, señora!
ROS. ¿Qué es esto? Llegais en buena ocasión.
MED. Me ha pegado. Dice qué Medoro está borracho.
RIS. ¿No lo veis? Y si no le depedís de vuestro servicio, seré yo quien me vaya.
MED. Porque la he visto abrazarse con el capitán en el jardín.
RIS ¡Pícaro, embustero!
MED. El capitán que ha roto la cabeza al señor Lauro. Medoro lo ha visto, porque no está borracho.
ROS. ¿Qué dices? El señor Lauro...
RIS. Sí, señora, sí; el capitán le ha roto la cabeza... por eso fué el abrazarle.
OCT. ¡Pobre filósofo!

ESCENA IX

DICHOS y PEDRO

PEDRO ¡Señora!
ROS. ¿Qué ocurre? ¡Día horrible!
PEDRO La cacatúa...
ROS. ¿Qué?
PEDRO Se soltó de la cadena y fué á picar al mono que fingía dormir, el mono la cogió por el cuello y la ha destrozado, el mono también está mal herido, ya sabéis que no se podían ver de envidia.
ROS. ¡Todos lo mismo! Las personas, los animales...
MED. ¡Pobre Medoro!
PEDRO Yo no tuve la culpa...
ROS. Sí, sí; no quiero saberlo.

ESCENA X

DICHOS y LAURO con una venda en la cabeza

ROS. ¡Señor Lauro!

LAURO No es nada.

OCT. En la cabeza... Menos mal, había defensa.

LAURO ¡Por amor vuestro!

ROS. No, señor Lauro. Mi amor no es de nadie. Recoged vuestro libro y volved al estudio de vuestra filosofía, y vosotros (Al Marqués y á Celia.) ya lo veis, seguid vuestro camino, que sólo dos á dos ofrece paso... Eso es lo que llamais amor. Yo quise amar á todos, y por ver á todos dichosos sólo desdichas he ocasionado. El amor es preferencia, es elección, ya lo veo.

OCT. Sí, Rosalinda; es preciso elegir.

CELIA No se puede amar á todo el mundo.

ROS. Sí, es más fácil no amar á nadie.

LAURO Y cuando os decidais á elegir, Rosalinda, seré tan dichoso...

ROS. No, Lauro; ya vísteis qué poco puede fiarse de mí y de vuestra filosofía. Mi amante es el amor... (Cogiendo las rosas que habrá al pie de la estatua y deshojándolas.) Como estas rosas de su altar pagano he deshojado mi corazón, que nadie podrá llamar suyo, como quiere amor que un corazón lo sea, porque mi amor... es amor de amar.

TELÓN

OBRAS DEL MISMO AUTOR

Teatro Fantástico.
Versos.
Cartas de mujeres (Agotada).
Figulinas.
Noches de Verano.

TEATRO

El nido ajeno, tres actos.
Gente conocida, cuatro actos.
De alivio (Monólogo).
El marido de la Téllez, un acto.
Don Juan (Traducción de Moliere), cinco actos.
La Farándula, dos actos.
La comida de las fieras, cuatro actos.
Teatro feminista (1), un acto.
Cuento de amor (Refundición de Shakespeare), tres actos.
Despedida cruel, un acto.
La Gata de angora, cuatro actos.
Operación quirúrgica, un acto.
Por la herida, un acto.
Viaje de instrucción (2), un acto.
Modas, un acto.
Lo Cursi, tres actos.
Sin querer, un acto.
El primo Román, tres actos.
La Gobernadora, tres actos.
Sacrificios, tres actos.
Amor de amar, dos actos.

---

(1) Música del maestro Barbero.
(2) Música del maestro Vives.

Los ejemplares de esta obra se hallan de venta únicamente en el domicilio de la *Sociedad de Autores Españoles*, **Salón del Prado, 14, hotel**, considerándose como fraudulento todo el que carezca del sello de dicha Sociedad.